

EL CAMINO DE RULFO (1917-2017)

VICENTE CERVERA SALINAS
Universidad de Murcia

La presencia real y simbólica de los caminos —polvorientos, rurales, pedregosos— en la obra de Rulfo resulta ineludible. Ya en el primer relato de *El llano en llamas* (1953), «Nos han dado la tierra», el narrador plantea el motivo del viaje, del caminar, como un estado físico y espiritual de perpetuo peregrinaje, para llegar casi siempre al mismo lugar: al espacio de la desolación. En el vaivén entre la esperanza y el nihilismo, Rulfo plantea el tránsito como un estadio anímico decisivo: en su narrativa prevalece siempre ese «caminar»:

Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz ni nada, se oye el ladrar de los perros.

Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza. Pero el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca.

Es, en efecto, el arranque de «Nos han dado la tierra». Al igual que en el inicio de su novela *Pedro Páramo* (1955), se observa con atención el trayecto que Juan Preciado emprende hacia Comala, en un tiempo de canícula infernal, donde los caminos adquieren un mismo significado existencial, al margen de que figuren subidas o bajadas, llegadas o regresos. Es el mismo sendero inexorable hacia la fatalidad: «El camino subía y bajaba: *Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja.*», observa entre costumbrista (mexicano) y filosófico (heraclíteo) el narrador. En todo caso, los pueblos a los que van destinadas esas vías terrosas carecerán siempre de un elemento siempre anhelado y denegado siempre a los viajeros: el hálito de vida.

El destino, gran escultor, no ha querido reproducir ese misma dimensión simbólica en la vida de Juan Rulfo: el la vida de su fama. A un siglo de su nacimiento y a más de medio siglo de sus primeras publicaciones, el reconocimiento, la dimensión, la

trascendencia de la obra rulfiana comparece en la República universal de las Letras bajo el laurel eterno de los autores imprescindibles: el camino de Rulfo sigue vivo y está latiendo.

No ya sólo su obra es canónica en México, donde los bachilleres conocen la historia ficcional de su país a través de cuentos como «Luvina», «La cuesta de las comadres», «¡Diles que no me maten!» o «Talpa», sino que en toda Hispanoamérica, en España y en el resto de Europa, y sin duda también a nivel planetario, Juan Rulfo es uno de los narradores más importantes de todo el siglo XX. El hecho de que el volumen de su obra sea escaso no ha hecho sino incrementar el prestigio de su obra y el interés por la obra inconclusa o complementaria del autor: sus incursiones cinematográficas, su admirable talento para la fotografía o la propia construcción de su otra obra más o menos ficcional: su biografía.

Solamente en el ámbito de la literatura hispanoamericana es cada más vez evidente el mérito de Juan Rulfo como bisagra o puente entre la gran narrativa de la primera mitad del siglo veinte y cuanto se fraguará más tarde, ya a una escala mundial con la internacionalización del *Boom* latinoamericano. Así, Rulfo contiene la sensibilidad telúrica, política, lingüística, descriptiva, social, psicológica y plástica de los grandes narradores de las primeras décadas del veinte, desde Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y, sobre todo, Mariano Azuela, que iniciará con *Los de abajo* un recorrido por la narrativa de la Revolución mexicana; otro «camino» que derivará en la obra de Carlos Fuentes, pasando inexcusablemente por la obra narrativa rulfiana. Asimismo, la «autopista» que conducirá hasta la consagración de la primavera narrativa en los países hispanoamericanos, en los años sesenta, tendrá como uno de sus fundamentos la obra de Rulfo: las técnicas, los procedimientos estructurales, la polifonía textual, la fragmentación y la ambigüedad de voces narrativas, la combinación de planos temporales, el motivo de la derrota del tirano y la violencia ejercida sobre la población, la deconstrucción del personaje femenino y el infortunio y la soledad amorosa, junto a tantos otros recursos, herramientas y unidades temáticas centrales en la narrativa del *Boom*, tienen su precedente en el corpus textual de Juan Rulfo, como no han dejado de reconocer sus mayores artífices. Testimonio de ello es la obra de Gabriel García Márquez (lector infatigable y fascinado de *Pedro Páramo*), que confesaría su adicción al texto de Rulfo y el condicionamiento expresivo que ejercería el mexicano en la construcción de *Cien años de soledad*, novela de la que, por cierto, también este año celebramos cincuenta años de existencia. Pero su reconocimiento no es aislado, sino unánime, y cabría sumar los testimonios de Carlos Fuentes, Ángel Rama, Augusto Roa Bastos, José Donoso, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska o el mismo Jorge Luis Borges quien, no muy afecto a la literatura contemporánea a su propia obra, no dudó en

incluir la novela de Rulfo en la lista de cien títulos de su «Biblioteca personal», arguyendo que «*Pedro Páramo* es una de las mejores novelas de las literaturas de lengua hispana, y aun de la literatura». Los narradores de finales del XX y comienzos del XXI seguirán ese precepto de modo casi unánime.

El camino de Rulfo, el que inició con su literatura, sigue creciendo y ramificándose por el territorio real e imaginario de nuestro mundo.

Para rendir homenaje a tan distinguido y singular escritor, en el año en que se conmemora el centenario de su nacimiento, la revista *Monteagudo* se complace en editar su número monográfico dedicado a su figura y a una revisión crítica de su obra. Me consta que el fundador de la revista, Mariano Baquero Goyanes, estimaba sobremedida la obra de Juan Rulfo, por lo que estimo justa y necesaria la edición de este número especial en la revista que Baquero fundase en los años cincuenta, coetánea por cierto a las primeras impresiones de los textos del mexicano.

Me complace asimismo como coordinador de este número presentar un índice de trabajos inéditos que exploran con propiedad e inspiración diversas facetas y planos de la obra y aun de la vida de Juan Rulfo. Comenzamos el dossier precisamente con un trabajo sobre los contraluces vitales del propio autor. Reina Roffe, la más acreditada biógrafa del autor de *El llano en llamas*, nos regala una nueva incursión en estos complejos aspectos que revelan esos caminos visibles —pero también los recónditos y secretos— que pautan la vida «fabulada» de un escritor como Rulfo. Como a ella, agradecemos la colaboración de expertos y especialistas de reconocimiento internacional de la obra de Rulfo. Así, Juan Carlos González Boixo, responsable de una de las más prestigiosas ediciones críticas de *Pedro Páramo*, nos aporta una pormenorizada investigación crítica sobre las relaciones entre cine y literatura a partir de la adaptación de *El gallo de oro* de Rulfo llevada a cabo por Roberto Gavaldón en 1964. También sobre las conexiones fílmico-literarias se ocupa Jesús Gómez de Tejada, cuyo trabajo, en coincidencia con González Boixo, desgrana críticamente el cortometraje *El despojo*, filmado en escenarios jaliscenses en 1960 por Antonio Reynoso en colaboración del también fotógrafo Rafael Corkidi y del propio Juan Rulfo en la redacción del guion de la película. No sólo nos hallamos ante un ejemplo paradigmático del llamado «cine experimental mexicano» de los años sesenta sino que se trata de una de las pocas adaptaciones del universo rulfiano que el propio escritor reconoció y apreció, y donde se combinaba su universo con el no menos intrigante territorio fantástico del escritor estadounidense Ambrose Bierce.

El interés por la temática de la violencia y por la expresión lingüística de la misma es objeto de la contribución de Carmen de Mora a nuestro dossier. Su trabajo traza un magnífico acercamiento al tejido social de la obra de Rulfo, fundamentado críticamente en los ensayos de Ángel Rama sobre el concepto de transculturación

que adapta Carmen de Mora a la realidad geo-política de las «trastierras» presentes en los relatos del autor jaliscense. También la teoría política de Juan Rulfo ha interesado a Pedro García-Caro. Atravesando el inmarcesible cuento «Luvina», su artículo se sumerge en la historia mexicana con el peso de miseria y escepticismo que aporta Rulfo al relato, para centrarse en el motivo de la secularización anticlerical y el peso gravitatorio que la guerra de los cristeros dejó en el alma de México postrevolucionario. Deslizándonos sutilmente hacia el importantísimo repertorio de personajes femeninos gestado en el corpus textual de Juan Rulfo, nos asomamos a uno de los más emblemáticos, por su dimensión «pandémica y celeste», como es la figura de Susana San Juan en el dominio espiritual de Comala. Rosa García Gutiérrez profundiza en los entresijos carnales y míticos de la «amada ausente» del cacique Pedro Páramo, para ofrecernos una nueva aproximación a su siniestro hechizo, y lo hace desde un marco teórico novedoso y convincente.

No menos convincente y original resulta la aportación crítica de Bernat Castany Prado, que ha aprovechado el recurso dialógico tan frecuente en la narrativa rulfiana del coloquio de difuntos no para abordar un estudio más sobre su sustrato antropológico sino para incardinarlo en una tradición clásica donde entronca de modo genuino. Su trabajo demuestra hasta qué punto Rulfo hereda ese subgénero que lo vincula al mundo latino de Luciano de Samosata y a sus repercusiones en la literatura francesa ilustrada del XVII con los diálogos de muertos imaginados por el filósofo Bernard Le Bovier de Fontenelle. Por último, María Dolores Adsuar, ha recreado las circunstancias históricas que rodearon el mítico proyecto de escritura de la siempre esperada nueva novela de Juan Rulfo, *La cordillera*. Su texto compagina la documentación histórica y el aspecto sociológico-literario de la obra como horizonte de expectativas en la vida de un escritor de fama.

Por mi parte, no he querido desaprovechar la oportunidad que este aniversario me concedía para incursionar de nuevo en la literatura de Rulfo y, como el curioso lector descubrirá, también coincido en el estudio de un personaje femenino, aparentemente secundario en el catálogo de voces y finados de Comala, pero en cuya atención observamos el valor simbólico del mundo de los sueños en *Pedro Páramo*.

Agradezco de corazón, con un brindis de mezcal o tequila (a la mexicana), a cuantas personas han compartido la pasión por Juan Rulfo a través de sus enfoques críticos y ensayísticos en las páginas de este nuevo número de la revista *Monteagudo*. Sólo me cabe añadir una obviedad, que no por ello deja de ser una íntima satisfacción: la de saber que el camino de Rulfo, el que inició con vida hace ya un siglo, y con su inconfundible experiencia literaria, sigue creciendo y ramificándose por el territorio real e imaginario de nuestro mundo.